

**D. de la Torre, *Carreteras cortadas*, Jaén, Diputación, XXIII Premio de Literatura para Escritores Noveles, 2014, 73 págs.**



*Carreteras cortadas*, de Diego de la Torre (Albanchez de Mágina, antes de Úbeda, Jaén, 1974) es un libro de una voz muy madura y de una poesía sólidamente asentada en el ruralismo y en la reflexión. La primera parte del poemario es la que más llama la atención, y quizá por eso se halle colocada al inicio: «La mirada de Anteo». Anteo, como se sabe, hijo de Gea —la tierra—, era invencible pero se volvía vulnerable si dejaba de tener los pies en la tierra. Diego de la Torre no deja de tener los pies en la tierra en ningún momento. La capacidad de retroyección de su poesía hacia un pasado mítico nos espolea a imaginarnos también nuestra propia infancia. La mirada nostálgica tiñe estas páginas, nos lleva a flor de piel a una mirada compasiva por el tiempo ido, a apiadarnos de nosotros mismos ante el dolor del envejecimiento y de lo que irremediamente huye de nuestras manos: «Quién hubiera pensado en primavera / ver a papá y mamá de pelo cano / caminando de frente hacia la muerte.» (de «Quién hubiera pensado en primavera», p. 14). Ver envejecer a los padres es también ver que el tiempo pasa para todos.

La infancia es el tiempo de las interrogaciones, del asombro —aquel lejano asombro, que diría Cesare Pavese— y las luminosas respuestas, el descubrimiento del mundo: «Tirarás de las mangas con preguntas, / ignorante y convicto —tú, tan niño— / de haber siempre respuesta para todo.» (de «El preciso valor de cada gesto», p. 15). La mirada de Anteo es también la mirada contemplativa: «Como el correr del agua»: «Fuera el primer verano que recuerdan los ojos. / Por caminos de tierra / caminara sin prisa / a la sombra del padre. / No tuviera palabras todavía. / Cinco sentidos sólo: cristalinos, sonoros, / como el correr del agua sobre la piedra lisa.» (p. 16). La luminosidad del agua, las pistas forestales o carriles, el rumor del cauce... O estos otros versos, que hablan también del agua y que nos trasladan hacia otros lugares: «Música leve, la del agua. / Si hundo en ella mis manos, / ¿regresará la infancia, / por mis labios silbando?» (de «San Román», p. 23). Una mirada que nos habla también de la educación recibida, como en «De la lectura», cuando nos mandaban las madres a misa y luego nos preguntaban por la lectura, la homilía, para ver si habíamos ido realmente. Así eran los domingos de los años ochenta en el Jaén rural, aunque así lo eran en muchas zonas rurales de la España de los ochenta: «Repeinados, la raya bien marcada, / mamá nos manda a misa.» (p. 17). La iniciación al conocimiento —véase en ese sentido «Aprendizaje» (p. 27)— se fragua en el páramo de la ignorancia, léase la piedra, que es una suerte de elemento a través del que gira la mirada dura de ese conocimiento, y por la que gravita el libro. Nos recuerda obviamente «Lo fatal», de Rubén Darío: «Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo, / y más la piedra dura porque esa ya no siente». Y volvemos a los versos de Diego: «Qué sabíamos de la vida? Nada. / La vida era un aplaza y cuatro calles.» (p. 14).

La intensidad lírica, la carga emocional de los poemas de Diego de la Torre dotan al texto literario de aquel temblor que Søren Kierkegaard comentara inherente a todo buen texto literario. Me refiero no a que se hable del temblor, sino que el poema sea temblor. Igual podríamos añadir de la emoción, tal y como señaló Eliot: no se trata de hablar de cosas emocionantes, o emocionar al lector, sino de que el poema sea emoción. Es muy distinto. Habitualmente se confunde la emoción con el patetismo.

Dividido en cuatro partes, «La mirada de Anteo», «Facultad de Letras», «Las dos penínsulas del corazón», y «El deshielo», el hilo argumental que recorre este poemario es el de la reflexión y los matices. Porque la poesía es una cuestión de matices. Vemos aquí, y esto nos interesa mucho, las dudas sobre la propia voz, la meditación de esa voz en el silencio, la poesía que nace del silencio, pero no un silencio metafísico sino un silencio lleno, que no deja de pensar: el poeta va a Madrid para desconectar, «caminar

anónimo, sin rumbo, / como un verso perdido que anduviera buscando / poder leerse de otro modo / que el tiempo que media / de un silencio / a otro silencio. (de «Como un verso perdido», p. 66). O «Y ninguna palabra», otra reflexión sobre el silencio, la soledad, las estrellas... Un silencio en el que todo estaba dicho, todo estaba completo, quizá porque hay cosas que no se pueden o deben decir, quizá porque nunca alcanzaremos a expresar lo que sentimos.

Y es que sin duda la poesía —lo acabamos de decir— es una cuestión de matices, como en el último y estremecedor poema, «En flor»: «¿Cómo pasar sin detener el coche? / ¿Cómo podría continuar camino / sin antes caminar por estos campos [...] », y finaliza así: «No en las fotografías; no en la letra / pervivirá en su aroma la lavanda: / flor de un día en el que florece un hombre.» (p. 69), recordando el verso de «El llanto de la excavadora», de *Las cenizas de Gramsci*, de Pier Paolo Pasolini: «Un uomo fioriva». Estamos sin duda ante una voz madura y un poeta lento, de una voz adensada y sedimentada por el paso de los años, que esperamos que siga en la senda de la escritura con tanto acierto como en este *Carreteras cortadas*. En fin, muchas más cosas se podrían añadir de este poemario, pero dejamos aquí estos apuntes para animar a los lectores, felicitando a Diego de la Torre por este poemario lleno de intensidad emocional y verdad poética.

JUAN CARLOS ABRIL